

tura. El cacique del pueblo, con algunos otros, salió á recibirme á seis ú ocho leguas, y á buen trecho se apearon de sus caballos y me pidieron la bendicion. Otro dia llegamos al pueblo donde estaban todos juntos á una pequeña Iglesia, y salieron en procesion á encontrarme. Fuimos juntos á la Iglesia, y habiendo pedido ardientemente á nuestro Señor diese feliz principio al bien de aquellas almas, los despedí. Al otro dia, domingo, dedicamos la pobre Iglesia, colocando una imágen de la Asuncion de nuestra Señora y los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, bajo cuya proteccion se levantara el edificio espiritual de estas almas. Levantamos tambien una campana, y despues de haber dicho todos en voz alta en su lengua zacateca la doctrina cristiana, se dijo la primera misa con la mayor solemnidad que pudimos, y no poca admiracion de los gentiles. Desde este dia se entabló la doctrina cristiana, á que acuden mañana y tarde con tanto fervor, que aun de noche los oiamos estarse enseñando en su casa unos á otros. Hallé en este pueblo algunos cristianos solo de nombre: ni habia memoria ni escrito por donde constase de su bautismo, y en la vida, costumbres, y aun en los abusos y supersticiones, eran tan gentiles como los demas. Algunos de estos, despues de instruidos, casé conforme al rito de la Santa Iglesia, y entre ellos á un cacique y otros tres ó cuatro de ochenta años, y á un jóven hijo del cacique. Solo he bautizado cuatro bien doctrinados: han formado estos indios un alto concepto del bien que les ha venido por medio de los sacerdotes, y se les ha oido decir, que pues Dios les ha enviado un hijo suyo (que así llaman en su idioma al padre) para salvarlos, han de dar de mano á todos sus vicios. Despues que entré en este pueblo no ha habido un baile ni una embriaguez, y una vez que les advertí que no convenia llorar un año entero á sus muertos, no se ha vuelto á oír. Un indio ladino y principal vino á confesarse, diciendo con muchas lágrimas: Yo, padre, ántes de tu venida, todos los dias á mañana y tarde me embriagaba sin temor de Dios y sin acordarme que era cristiano. Cuando tú veniste sentí que me decian en mi corazon: este padre viene para que te salves, no vuelvas á beber; y así lo he hecho estos cuatro meses, absteniéndome con la bebida de otros muchos pecados que ella me ocasionaba. Han comenzado á venir muchos caciques de esta provincia y algunos de la laguna, pidiéndome que pase á sus pueblos, proponiéndome la comodidad de la tierra, y que tienen ya saca de agua para el pueblo y sementeras, hecha Iglesia y prevenida casa para mi habitacion. A pocos dias vinieron otros tres caciques del

rio de las Nasas pidiendo lo mismo, y representando que habia entre ellos peste de viruelas, de que morian muchos niños sin el santo bautismo. Yo me detuve algun tanto en responder, y uno de ellos prosiguió diciendo: Bien sabemos que no buscas oro ni plata, ni cosa alguna de nuestra tierra, sino solo nuestro bien. Dios te ofrece lo que buscas: no repares en nuestra pobreza ni en el vil vestido que tenemos: bien sabes que la alma que está dentro vale mas que el oro y la plata, y pues estas buscas, no las dejes ahora que perecen. No púde dejar de condescender á razones tan fuertes. Partí con ellos el dia siguiente para su pueblo, donde fuí recibido con grande contento. Bauticé diez y siete ó diez y ocho de los mas necesitados párvulos, confesé diez ó doce, que aunque cristianos viejos, nunca lo habian hecho. Espliqué en su lengua la doctrina cristiana con mucha admiracion suya. Estando aquí llegó un capitan español en busca de algunos indios que le debian dineros. Apretaba mas que á los otros á uno que le debia mas, y por no tener con que pagarle intentó llevárselo consigo. El indio, viéndolo airado, le respondió con mucha paz: Señor, bastante tiempo te he servido: tú tienes razon por lo que te debo; pero déjame aquí algun tiempo para aprender la doctrina y hacerme buen cristiano, y te iré despues á servir si no tuviere con que pagarte. El capitan, edificado, lo dejó, y el indio convirtió despues á otro hermano suyo, y lo mismo hizo otro cacique con su hijo. Tres dias estuve en este pueblo, y despues de haberles dado á once caciques que me lo pedian, buenas esperanzas de ir á poblar entre ellos, dí la vuelta á mi asiento, donde me recibieron con tanta alegria como si hubiese estado un año ausente. Traté luego de lo bien que me habia parecido el otro pueblo, y que seria mejor hacer allí el asiento de la mision. El cacique que me oia se estremeció mucho, y dijo: Padre, aunque esta es mi tierra, yo estimo mas mi salvacion: si te vas, yo y toda mi gente iremos tras de tí. Esto es lo que nuestro Señor ha sido servido hacer en estas tierras. El que por su misericordia ha querido dar tan buen principio á esta mision, se ha servido llevarla adelante para su mayor gloria, &c."

Entre tanto, los cuatro misioneros de Sinaloa cultivaban incesantemente aquella viña con no pocos trabajos. El padre Martin Perez, despues de haber reconocido los pueblos del rio abajo, pasó por cuaresma á Ocoroiri, donde habia mayor necesidad. El domingo de ramos bendijo en aquel pueblo las palmas, explicando á los neófitos la significacion de aquella augusta seremonia. Tuvo el padre la sólida satisfaccion de



ser entendido de los indios, y haber penetrado estos todo el espíritu de aquella solemnidad, cuando saliendo despues en procesion de aquella pequeña Iglesia vió que comenzaron á regar el suelo con yerbas, y á tender sus mantas, no permitiendo que en todo lo que anduvo pusiese el pié sobre la tierra. Pasó despues de semana santa á los pueblos de Navitama y Comanita, muy bien dispuestos para el bautismo que pretendian con instancias. De ahí á la serranía de Bacoburitu, habia en cinco pueblos de esta Sierra, y algunos otros vecinos, mas de mil cristianos de la provincias de Culiacán y Topia, que apenas sabian las oraciones en latin como habia sido costumbre enseñarlos á los principios de la conquista. Se les señalaron catequistas, aunque no á todos los pueblos por no haber suficiente número. Se convidaron otros dos pueblos vecinos. Los moradores del uno, que celebraban en la actualidad no sé que fiesta, estaban sumergidos en la embriaguez. Los del otro fueron mas dóciles y vinieron con prontitud: su alegría era tanta, que una noche destempladísima de mucho yelo y agua, la pasaron en la danza y el canto al descubierto, previniéndose para ser catequizados, y con tanto fervor, que desde aquella misma noche se cortaron el pelo, sacrificio entre ellos muy apreciable, y en que se distinguian los mas fervorosos catecúmenos. A pesar de tan bellas disposiciones fué necesario dilatarles por mucho tiempo el bautismo, á causa de su rudeza. El mismo desconsuelo tuvieron los del pueblo de Terabio, aunque unos y otros con admirable docilidad se sujetaban y perseveraban en la instruccion. Uno de los ministerios mas provechosos y necesarios para la reduccion de estas gentes, era asegurar la paz entre ellos para que tuviesen el tiempo necesario de instruirse, á que no les daban lugar las hostilidades de sus vecinos. Para esto interponian los padres su autoridad de palabra ó por escrito, nunca inútilmente. Un billete del misionero era para ellos muy apreciable. Ponianle en lo alto de una pica, y llevábanle como bandera de unos pueblos á otros. El portador y los que le acompañaban podian pasar impunemente por fronteras y aun por medio de los países enemigos. El papel que mostraban era un salvo conducto á que los infieles mismos obedecian. Los biaras y los matapanes habian sido por muchos años irreconciliables enemigos. El padre Martin Perez dió á unos indios, que no pertenecen ni á una ni á otra nacion, una de estas cartas. Enterados de su contenido los biaras, aunque en los mas reencuentros les habia sido favorable la fortuna, sin embargo, como si hubieran sido los vencidos, pusieron la carta en una caña alta y

enviaron con ella diputados á ofrecer la paz á los matapanes, con quienes conservaron despues una estrecha alianza, de que para mayor seguridad quisieron fuese garante el mismo padre y toda la cristiandad del pueblo de Saconatu.

El padre Gonzalo de Tapia, en consecuencia de la palabra que habia dado el año antecedente á los zuaques, volvió á su pueblo. El apostólico varon tuvo el dolor de hallarlos en unas disposiciones muy contrarias á la santidad y pureza del Evangelio. Pasada aquella vehemente impresion que habia hecho en sus ánimos el nunca visto temblor, olvidaron tambien los deseos del bautismo. Justamente llegó el padre al primer pueblo á ocasion en que despues de una de aquellas sus nocturnas arengas estaban aun sepultados en el sueño y en la embriaguez. La confusion propia cuando supieron la venida del padre, y la presencia de un censor importuno á sus disoluciones, les hizo tomar la resolucion de deshacerse del misionero. El cacique principal del pueblo era tambien el gefe de la conspiracion; pero aun no era llegada la hora del Señor. El indio temerario haciendo en una asamblea semejante, pocos dias despues, alarde de su ligereza y valentía, ya perturbado con el calor de sus licores bárbaros, dió un salto desde la cima de una roca hasta lo mas profundo del infierno, donde pasó despues de una muerte desastrada. El hombre de Dios, aunque advertido de los designios del malvado cacique, sin embargo, prosiguió con valor intrépido visitando los demas pueblos de aquella misma nacion. Halló en algunos mejor disposicion, é hizo algunos bautizmos. De ahí partió á visitar á aquellos indios que el año ántes le habian recibido y levantado la cruz en el camino, á siete leguas de Ocoroiri. La solicitud de las Iglesias que tenia á su cuidado, no le dió lugar para detenerse mucho, y encargó su cultivo al padre Martin Perez, á cuya diligencia se vió entre aquellas gentes, despues de algunos años, una cristiandad muy florida. El padre Gonzalo de Tapia volvió á sus pueblos: todo parecia prometer la mas constante serenidad. Habiansc bautizado algunos miles; las naciones vecinas se veian venir en tropa á pedir el bautismo, y congregarse en pueblos con algun género de gobierno y policia. Iban desapareciendo insensiblemente las costumbres gntilicas, y los neófitos se empleaban con tanto fervor en el cumplimiento de nuestra santa ley, que de dos y tres leguas venian á pié y mal vestidos en lo mas crudo del invierno por oir la doctrina, y asistir al santo sacrificio. Se habian erigido al verdadero Dios mas de sesenta templos, aunque pequeños y



pobres, pero en que los fervorosos cristianos ofrecian al Señor un culto muy sincero, y sus ministros el holocausto de su celo y las primicias de la santa fé. A mañana y tarde se oian en la vecindad de las Iglesias cantar en diversos coros las alabanzas de Dios y la santa doctrina del Evangelio. Tal era el semblante de aquella cristiandad. Sin embargo, le faltaba aun para dar el fruto cumplido ser regada con la sangre de sus predicadores, y esto es lo que vamos á ver ejecutado en la gloriosa muerte del padre Gonzalo de Tapia.

Miéntas este ministro infatigable visitaba con tanta caridad, é instruía con tanta diligencia los pueblos, un indio principal de Tovorapa, pueblo vecino á la villa de S. Felipe, incitaba contra él á los demas, y turbaba con sediciosas conversaciones la tranquilidad de que se habia gozado hasta entónces. Llamábase este indio Nacabeba, envejecido en el arte infame de hechicería, que aun habia conservado siempre la misma inclinacion á las supersticiones, y el mismo libertinage en las costumbres. Su casa era el teatro de aquellas nocturnas asambleas y de aquellas vanas ceremonias en que el calor del vino y del tabaco, añadido á sus discursos impíos, daban lugar á las resoluciones mas negras. Pocas veces se le veia asistir á la misa, ménos aun á la explicacion de la doctrina. El padre Tapia habia procurado muchas veces, ya con alhagos, ya con amenazas, volver al rebaño de Jesucristo esta oveja descarriada; pero todo inútilmente. El misionero con sus buenos oficios en vez del agradecimiento, atrajo sobre sí toda la indignacion de aquel malvado. Se quitó la máscara y comenzó á tratar abiertamente de dar la muerte al padre; pero con toda la fuerza y energia de sus sacrílegas arengas, no pudo conseguir que los del pueblo se resolviesen á poner las manos en el unguento del Señor. Dos hijos suyos, un yerno, y otros dos ó tres de sus parientes, fueron los únicos que pudo traer á su partido. Estos eran bastantes para un hombre que cada dia ofrecia á su Magestad el sacrificio de su vida. Partió el celoso operario del pueblo de Ocoiroi para Teboropa, sábado 10 de julio, llevando consigo al cacique D. Pedro y otro cristiano llamado Francisco. Nacabeba, que no esperaba sino esta ocasion, previno secretamente á sus cómplices. No pudo ser tanto su disimulo, que no se trasluciesen sus designios. Los del pueblo dieron aviso á D. Pedro, y este lo pasó fielmente al padre Tapia, suplicándole el domingo despues de haber dicho misa, que se volviese con él á Ocoiroi, y previniese las intenciones de aquella gente que parecian sospechosas. El buen pa-

Muerte del padre Tapia.

dre, satisfecho con la respuesta de su conciencia, respondió con su ordinaria dulzura: Yo no les he hecho mal alguno, ántes los amo como á mis hijos. Con esta confianza, no solo no quiso volverse á Ocoiroi, sino que despachó al cacique mandándole que no le esperasen hasta el siguiente miércoles. D. Pedro, despues de mucha resistencia obedeció con dolor, y el padre quedó solo con un muchacho, expuesto al furor de sus enemigos. En efecto, á poco rato de la noche, estando el siervo de Dios empleado en rezar el Rosario de la Santísima Virgen, entró en su pobre aposento Nacabeba, disimulando con sumision y reverencia sus pérfidos intentos. Comenzó á hablar, y á poco rato le siguieron dos de sus compañeros. Proseguia la conversacion el anciano, y cuando les pareció, descargaron repentinamente un golpe de macana con que le hendieron la cabeza. El santo hombre regando con su sangre el terreno y cuasi fuera de sentido, se fué para la Iglesia, y puesto de rodillas, abrazado con una Cruz que estaba á la entrada acabó de espirar á los golpes de las hachas y las macanas. Cortáronle la cabeza y el brazo izquierdo, llevaron la sotana, y su lecho, que era solo una frazada, entraron con furia en la Iglesia, robaron el cáliz y sagrados ornamentos, y huyeron al monte despues de haber flechado á una india cristiana que murió poco despues.

Así acabó su vida mortal este religiosísimo y apostólico misionero, el primero de la Compañía que regó con su sangre estas regiones. Fué natural de Leon en Castilla, en que dejó burlada la nobleza y floridas esperanzas del mundo. En la religion, la pobreza, el desprecio de sí mismo, á pesar de unos talentos singulares para cátedra y púlpito, y una dulzura inalterable, lo hicieron un digno instrumento de la gloria del Señor. Si no tuvo un milagroso don de lenguas, tuvo por lo ménos para aprenderlas una admirable felicidad. Seis supo con perfeccion, y en otras muchas tenia lo bastante para instruir á los gentiles y traducirles la doctrina católica. Murió á los treinta y tres años de su edad, diez de venido á las Indias, y cuatro de haber sido destinado á las misiones. El padre Alonso de Santiago, concluye así la relacion que hizo al padre provincial de su preciosa muerte: „Era de mucha caridad y grande ánimo, y así fué tanta la prisa que se dió en trabajar, como que habia de acabar presto: *Consumatus in brevi, ex, plevit tempora multa, plausa enim erat Deo anima illius.* Yo pienso quiso nuestro Señor coronarlo, no solo con corona de vírgen, como lo era, sino duplicársela con la de mártir, que por tal lo tengo. Y aunque para



cumplir con la obediencia le he dicho las misas, no me he podido resolver á ofrecerlas por él, y ántes pedia á Dios perdon de mis culpas por los merecimientos de ese su escogido siervo tan ansioso de amplificar la gloria de su nombre. Varon verdaderamente apostólico, y verdadero imitador de nuestro padre Francisco Javier. El padre Juan Bautista de Velasco, que por algun tiempo fué su compañero, dice así: Jamás me acuerdo haberle visto airado ó descompuesto, y juntaba á esta serenidad una grande eficacia cuando se determinaba en lo que convenia. El tiempo que daba al alimento y demas necesidades de la vida, era cortísimo para ocuparse en la contemplacion y modo de adelantar la cristiandad. De lo demas que me acordare, daré aviso á V. R. Solo digo ahora que era admirable su prudencia y latitud de corazon, invencible su paciencia, &c." Así hablaban del padre Gonzalo de Tapia sus compañeros y súbditos. Su vida la escribió el padre Andres Perez en los tres últimos capítulos de su historia de Sinaloa. El padre Juan Eusebio Niremberg, el padre Andrade, el padre Henao, y Juvenio en la historia general de la Compañía.

A la mañana se supó en la villa. El capitán y los mas distinguidos vecinos que todos tiernamente le amaban, pasaron á Tovoropa y hallaron á la entrada de la Iglesia el cuerpo del venerable padre con el pecho en tierra, cortada la cabeza y el brazo izquierdo, desnudo de todos sus vestidos, fuera de las medias. El brazo derecho con un golpe de hacha, que parece habian tambien pretendido cortárselo. La relacion que se envió á Roma en la annua de este año, dice así: „Hallaron levantado el brazo derecho, herido por la muñeca, y formando con los dedos índice y pulgar, la señal de la Cruz. Los españoles, penetrados de respeto y de admiracion, compusieron con la mayor reverencia el cadáver, y lo llevaron á la villa, donde el padre Juan Bautista de Velasco, que habia partido en diligencia de Ocoroiri, lo enterró, dice en su relacion el padre Martin Perez, con mas lágrimas que solemnidad por haber poco aparejo para hacerlo, como merecia aquel santo cuerpo. Los indios de Tovoropa y de los pueblos vecinos, Lopoche, Baborio y Cubiri, aunque no habian tenido parte alguna en el atentado de Nacabeba, sin embargo, temiendo ser envueltos en la sospecha y castigados de los españoles, huyeron á los montes. Nacabeba y sus aliados, se habian acogido en su fuga á los Zuaques, y comprado su amistad al precio de los despojos del padre, que repartieron con ellos. Aquí se entretuvieron por varios dias, celebrando como una glo-

riosa victoria la muerte de aquella víctima inocente con regocijos y con bailes. La ordinaria materia de sus cantos sacrílegos era la religion, sus mas sagradas ceremonias y leyes santísimas. Vestia uno la casulla, otro la alva y demas ornamentos. La muger del viejo homicida, llevaba en sus manos el cáliz; uno tomaba la cabeza venerable; otro el brazo, repitiendo muchas veces, como se supo despues y dejó escrito el padre Martin Perez, aquellas palabras tan honrosas á la santa doctrina, y que mostraban bien el motivo por que habian dado tan cruel muerte al pastor de sus almas: veis aquí, se decian mutuamente, la cabeza del padre Tapia, ¡cómo ahora no impide nuestros bailes? ¡Cómo no corrige nuestra embriaguez? ¡Cómo no nos reprende porque tenemos mas de una muger? Si eres hijo de Dios y su amigo; si eres el padre de todos estos pueblos, y tan venerado y temido de los españoles, como hombre del cielo, ¿por qué caiste luego á los golpes de nuestras macanas? En una de estas impías asambleas intentaron, dice en su relacion el padre Martin Perez, asar el brazo del venerable padre; pero poniéndolo repetidas veces á este efecto en sus barbacoas, salia siempre tan frezco, que nunca pudieron comerlo. Entónces lo desollaron, cortaron la punta de los dedos, y los hincheron de paja. El cráneo de la cabeza, pintado por fuera de almagre, les sirvió por algun tiempo de vaso en que bebian. Resueltos á acabar con toda la cristiandad de Sinaloa, Nacabeba y sus cómplices conspiraron con los zuaques en dar la muerte á los otros padres y al resto de los españoles. La vigilancia de estos previno é impidió la ejecucion de sus designios; sin embargo, se acercaron á algunos pueblos desamparados de los indios fieles, quemaron una ú otra sementera, flecharon algunos caballos y béstias de carga. Para reprimir estas correrías vino de Culiacán, á donde se habia prontamente dado aviso, D. Pedro Ochoa de Galarraga con algunos soldados. El arribo de esta pequeña tropa no pudo servir al castigo de los rebeldes, que se habian retirado á los bosques y quebradas inaccesibles, y fué de mucho perjuicio á muchos pueblos del rio abajo, cercanos á la villa, que al ruido de esta expedicion tomaron tambien la fuga. No tuvieron poca parte en esto los indios de Ocoroiri, que, como mas interesados en la muerte de su amado padre, quisieron tomarse la mayor parte de su venganza. Con este especioso pretesto pretendian cubrir los ódios y particulares enemistades, que hasta entónces habia contenido la profesion del cristianismo, y que la presente ocasion hizo renacer muy breve. No costó poco trabajo á los padres Martin Perez y



Juan Bautista de Velasco, refrenar el imprudente celo de estos neófitos, que no pudiendo haber á las manos los pocos culpados, dieron la muerte á algunos inocentes.

Al mismo tiempo que el venerable padre Gonzalo de Tapia consumaba tan gloriosamente el curso de su vida apostólica, caminaban para Sinaloa á trabajar bajo de sus órdenes los padres Hernando de Santarén y Pedro Mendez. La noticia de la muerte del santo hombre los sorprendió en el camino, y recibieron orden del padre Martin Perez de detenerse, haciendo mision en Culiacán, hasta que pasase aquella tempestad. El padre Alonso de Santiago habia procurado cultivar aquella viña con un fervor muy desigual á sus fuerzas corporales, que á poco tiempo hubieron de rendirse, y fué necesario retirarlo á paises mas benignos. Los dos nuevos misioneros, escoltados de dos soldados para mayor seguridad, entraron poco despues en Sinaloa. No les fué de poco dolor, aunque por otra parte de singular consuelo, ver todos los cristianos de Mocoiriti salir á recibirlos cantando en procesion la doctrina cristiana, aunque con voz tan lúgubre, y con un semblante tan triste, que fué necesario á los padres consolarlos por medio de un intérprete, y aun mezclar con las suyas sus lágrimas. Al padre Mendez se le encomendaron los pueblos y lenguas de Ocoroiri, Nio, y algunos otros de los que habia tenido á su cargo el padre Tapia. Al padre Hernando de Santarén, los de Ure, Sisimicari, Guasavo y algunos otros del rio abajo. Con la diligencia de los misioneros, volvieron dentro de poco á sus pueblos los mas de aquellos indios, que el temor de las armas habia traído fugitivos. Los de Ocoroiri, amenazados que no volverian mas allá los padres, entraron breve en su deber. El tiempo que habian estado preocupados de aquel espíritu de venganza tan ageno del cristianismo, se mostró bien la piedad del cacique D. Pedro. Este, no pudiendo contener el ímpetu furioso de los suyos, que habian hecho ya algunas muertes, ni llevar en paciencia los bailes que conforme al rito de su gentilidad hacian con las cabelleras de los muertos, se pasó con toda su familia á la villa de S. Felipe, diciendo que mas queria dejar su patria y vivir desterrado de su nacion, que exponer á riesgo su fé ó ver por sus ojos las transgresiones de los santos mandamientos. Una india cristiana de avanzada edad habia huido con otra compañera suya á los montes. Aquí con los trabajos le llegó con mas brevedad el término de sus dias. Estaba ya para espirar cuando vió que unas indias gentiles venian con varios afeites y colores, conforme al uso de los pa-

ganos, para pintarle el rostro y el cuerpo. La indignacion santa le dió alientos, reprendió ásperamente á aquellas infieles, diciendo que ella creia y adoraba en el Dios verdadero. Cristiana soy, repetia, y vosotros los que tenéis esta misma dicha y estáis aquí presentes, no permitáis que aun despues de muerta se haga conmigo cosa alguna indigna de la santa y pura ley que profesamos. Luego, volviéndose á su marido, le rogó que perseverase en los caminos del Señor, y siguiese los consejos del padre Gonzalo de Tapia. Que si casase con alguna otra muger, fuese cristiana. Despues de lo cual dijo á una compañera suya: „María, me verás este dia, y mañana no me verás: yo me voy á ver á Dios, porque he creído en él de todo corazon, y procurado guardar su ley con esperanza de verlo.” Entre estos actos, repitiendo el nombre de Jesus y besando la Cruz que tenia formada con los dedos, murió, á lo que podemos persuadirnos, una muerte preciosa. Los indios fugitivos, con estos y otros semejantes ejemplares, volvieron á sus pueblos con un fervor y un aliento, que puso admiracion y lo infundia á los misioneros; persuadiéndose con esta, aun mas que con alguna otra señal, que habia sido agradable al Señor el sacrificio del fundador de aquellas misiones, cuya inocente sangre era semilla de nuevos y fervorósísimos cristianos.

La muerte de este generoso soldado de Jesucristo, en vez de acobardar encendió mas los ánimos de sus compañeros, y este mismo efecto causó luego que se supo en México y en todos los colegios de la provincia. El celo de la salvacion de las almas y el deseo de ayudarlas á costa de la sangre y de la vida, animaba todos los corazones. No contribuyó poco á este mismo la publicacion de los decretos de la quinta congregacion general, que con ansia se esperaban, y en que se veia representado con tan vivos colores el espíritu propio de la Compañía. En la Profesa de México concurría tambien el feliz éxito del pleito pendiente sobre el sitio. El rey católico habia recibido con suma benignidad al padre Alonso Guillen, y en consecuencia de sus informes, cometió la causa al consejo real de las Indias. La sentencia de este tribunal fué desde luego adversa. Confirmó el consejo el decreto de la audiencia de México, mandando que no se fabricase en dicho lugar: que los religiosos de la Compañía volviesen á sus colegios, y se pidiesen nuevos informes al virey y audiencia de México. Suplicó de este auto el padre Alonso Guillen, y no estando de acuerdo los dictámenes, determinó S. M. que á los Sres. de su consejo real de las Indias, se asocia-



sen cinco del consejo de Castilla. Esta junta resolvió que debia remitirse el conocimiento de la causa al juez eclesiástico, á quien de derecho pertenecía. Las religiones suplicaron de esta providencia, sostenidas del fiscal de S. M., que abiertamente favorecia sus pretensiones. Entre tanto llegó á la corte Fr. Bartolomé Perez Martel, y con los nuevos documentos é informes de este religioso, pareciendo cada dia de mayores consecuencias la causa, cometió S. M. el exámen á los tres consejos juntos de Ordenes, de Indias y de Castilla. Esta asamblea respetable, sin embargo de la suplicacion interpuesta por el fiscal y las tres comunidades religiosas, confirmó el auto de 27 de junio de 1594, en que se remitia la causa á juez eclesiástico. Hallábase en la actualidad en Roma, en cualidad de procurador de esta provincia, el padre Dr. Pedro de Morales, el cual habia, ántes de salir de Roma, obtenido de la Santidad de Clemente VIII, supremo juez de la causa, que su conocimiento se cometiese al nuncio apostólico, residente en España, que lo era en la ocasion el Illmo. y reverendísimo Sr. D. Camilo Gaetano, patriarca alexandrino. Este pronunció la siguiente sentencia.

„En la villa de Madrid á 21 dias del mes de junio de 1595 años, el Illmo. y reverendísimo Sr. D. Camilo Gaetano, patriarca de Alexandria, nuncio de su Santidad en estos reinos de España; habiendo visto este pleito, que es entre partes; de la una los padres de la Casa Profesa de la Compañía de Jesus de la ciudad de México, y los religiosos de Sto. Domingo, S. Francisco, S. Agustin y las monjas de Sta. Clara, y la dicha ciudad de México de la otra: Dijo que daba, y dió licencia á los padres de la Compañía para proseguir en la obra comenzada de la dicha Casa, dando fianzas en cantidad de cincuenta mil ducados ante el ordinario de la dicha ciudad de México, de que demolerian lo que se labrare, siéndoles mandado por S. S. I. ú otro juez competente. Para lo cual dijo que alzaba y alzó cualesquier embargos mandados hacer ó hechos en esta causa por cualesquier jueces á pedimento de los dichos religiosos de Sto. Domingo y consórtes, sin perjuicio del derecho de las partes, en lo que toca al negocio principal. Y así lo proveyó y mandó dar sus letras con censuras y penas en forma, para que se guarde y cumpla lo susodicho, y lo firmó S. S. I. Conforme á lo cual, mandamos dar y dimos las presentes, por las cuales y su tenor, y por la autoridad apostólica que en esta parte usamos, los exhortamos y requerimos *primo, secundo, tertio y peremptorié*; y en virtud de

santa obediencia y so pena del ingreso de su Iglesia, y de mil ducados de oro, aplicados á pobres y obras pías á nuestra disposicion, en cuanto al venerable en Cristo arzobispo, y en cuanto á los demas, so pena de excomunion mayor, y doscientos ducados de oro, aplicados segun desuso, les mandamos que luego que por parte de los reverendos padres de la dicha Casa Profesa de la Compañía del Nombre de Jesus, fueren requeridos con estas nuestras letras ó su traslado, signado y sacado por autoridad de justicia, por ante escribano ó notario público, fiel y legal, y sin sospecha que á ellos presente sea, las acepten, y aceptadas vean el dicho nuestro auto desuso incorporado y visto, lo guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir en todo y por todo, como en él se contiene, y contra el tenor y forma de él no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, que para todo ello, y lo á ello anexo, concerniente y dependiente, les damos nuestro poder cumplido, y cometemos nuestras veces plenariamente, con facultad de citar, excomulgar y absolver hasta la invocacion del brazo secular, y só las dichas penas de excomunion y pecuniaria, mandamos á cualquier notario ó escribano que para ello fuese requerido, lea, intime y notifique estas nuestras letras á las personas que les fuere pedido y dé fé de ello, sin las de tener pagado de sus justos derechos. En testimonio de lo cual, mandamos dar, y dimos las presentes firmadas de nuestro nombre, y selladas con nuestro sello, y refrendadas de nuestro secretario y notario de nuestra audiencia infrascripto. En la villa de Madrid, diócesis de Toledo, á 26 dias del mes de junio de 1595 años.—*C. Patriarc. Alexand. Nuncius Apostolicus.*”

A este auto interlocutorio siguió muy en breve una definitiva tan favorable como la prometian estos bellos principios. Una y otra fué recibida en México con general aplauso, aun de los mismos colitigantes, que habian conocido ya bastante la utilidad de aquel edificio en la variedad y universidad de sus apostólicos trabajos. A fines de este mismo año faltó á esta casa, aun recién nacida, uno de sus mas incansables operarios en el padre Diego de Herrera. A sus fervorosos consejos debieron su virginidad y su religiosa vocacion mas de trescientas doncellas en diversos tiempos y lugares. Una de ellas, de lo principal de esta ciudad, la tarde ántes de dar la mano á una de las personas mas distinguidas, huyó, como otro S. Alejo, á refugiarse en un observante monasterio, y resistió á las sollicitaciones de sus deudos con una constancia superior á su sexo y á su edad. Dentro de muy pocos dias si-



guieron su ejemplo dos sobrinas del tesorero D. Juan de Rivera, insigne fundador de aquella casa. Estuvo treinta años en la Compañía, veinte en esta provincia. El último año de su vida, muerto medio lado de una grave enfermedad, hacia poner una silla en la puerta de su aposento, donde se hacia llevar cargado para oír confesiones. Era dicho comun que el padre Diego de Herrera jamás estaba sino orando ó confesando. Un operario tan celoso fueron las primicias que ofreció al Señor la Casa Profesa, donde con tanta uniformidad y constancia habia de ejercitarse siempre este trabajosísimo ministerio †.

Poco ántes de la muerte del padre Herrera se habia celebrado en el colegio máximo la cuarta congregacion provincial, en que siendo secretario el padre Juan de Loaisa, fué elegido segunda vez procurador á entrambas cortes el padre Pedro Diaz, y en segundo lugar el padre Francisco Baez, prepósito de la Casa Profesa, sábado 4 de noviembre de 1595. Los ministerios de los indios que practica este colegio en el Seminario anexo de S. Gregorio, tomaron por este tiempo nuevo aumento. En efecto, aunque desde el año de 1586, en que se fundó este Seminario, se habia procurado con el mayor fervor ayudar en todo á los naturales del pais, no habia podido conseguirse con tanta franqueza y libertad como al presente. Los curas y vicarios de las parroquias vecinas habian concebido no sé que opinion de que la Compañía intentase atraer á sí los feligreses de su jurisdiccion para poder con el tiempo erigirse en parroquia con perjuicio de sus derechos. Con este motivo procuraban apartar á los indios del trato de los nuestros, y aun tal vez los castigaban con rigor. La enfermedad grande que en los meses antecedentes habian padecido estos infelices, la prontitud, la caridad y celo con que los jesuitas acudian principalmente á este Seminario; el mucho trabajo de que en todo aliviaban á sus párrocos, y la justa subordinacion que observaban y protestaban siempre á los derechos parroquiales; les hicieron conocer cuán distintos eran de lo que vulgarmente se pensaba los designios de la Compañía. Convertido aquel vano temor en una estimacion respetuosa, los mismos curas y sus tenientes hacian llamar á los nuestros para que los ayudasen. Era de mucha edificacion á todo el pueblo ver religiosos de profesiones é institutos tan diversos asistir con una caridad y confianza hermanable á confesar el uno, mientras el otro administraba el Sagrado Viático; procurar juntos limosnas para los enfermos, repartirles de cama en cama, por su mis-

† Y aun hoy se ejercita con aprecio y veneracion general.

ma mano los alimentos, cuidar de su entierro, y ejercitar todos los demas oficios que pedia la necesidad, como si fueran de una misma religion; obrando en todos el mismo espíritu de amor y mostrando á todo el mundo con una gustosísima esperiencia, que en nada se impiden unas á otras las diversas profesiones y estados de la Iglesia católica; ántes con su misma variedad se ayudan mutuamente cuando les anima el mismo celo y el mismo ímpetu divino que hacia caminar con tanta uniformidad los animales que tiraban el carro de Ezequiel. La aplicacion á estos espirituales ministerios en el colegio de México, en nada disminuia el fervor de los estudios, nunca mas provechosos que cuando tienen por basa y por cimiento el temor de Dios. Los colegiales del Seminario de S. Ildefonso y los seglares, con una piadosa y noble emulacion, se esmeraban igualmente en uno y otro. Se vieron en todas facultades funciones muy lucidas, y tanto deseo de la perfeccion, que solo este año pasaron de treinta los que dejando el mundo se acogieron al puerto de varias santísimas religiones. Algunos de estos entraron en el órden sagrado de predicadores, y hablando en este asunto con uno de los nuestros un grave y docto religioso de la misma familia, aseguró que en el solo convento de México habia mas de sesenta que debian no ménos las letras que el desengaño á los estudios del colegio máximo. En la Compañía solo se admitió, entre muchos que lo pretendian con ansia, un sacerdote á quien brindaba el mundo con las mas bien fundadas esperanzas, tanto por sus singulares talentos, como por la nobleza de su sangre.

En los colegios de Puebla, Oaxaca y Guadalajara, y demás de la provincia, era el mismo el fervor y el fruto en las misiones, la misma asistencia al confesonario y en todos los demás ministerios. En Oaxaca se fundó para los indios, en la Iglesia de S. José de Xatlaco, de que se habia encargado la Compañía, una congregacion bajo la proteccion del mismo santo, en que se cogian los mismos frutos que en el Seminario de S. Gregorio de México y S. Miguel de Puebla. Hubo entre los congregantes dos fortísimas vírgenes, que la una por espacio de diez y seis años resistió á las sollicitaciones mas vivas de un hombre apasionado. La otra, con una batalla ménos prolija, consiguió aun mayor gloria, resistiendo por cinco años á todas las promesas, amenazas é importunos asaltos de dos personas cuyo estado era muy contrario á tan torpes designios. En Guadalajara, á la leccion de latinidad se habia añadido otra pública de casos de conciencia, para lo cual, de órden del ilustrísimo, se juntaban todos los clérigos que habia en la ciudad un